

LA MOMIA DE SANTO DOMINGO

Cecilia Colón*

“**Q**ue lo crean o no, es otro asunto. La vida a veces es inexpugnable, es complicada, tergiversada. Nos lleva por caminos que no imaginamos, nos deja equivocarnos a diestra y siniestra... como si tuviéramos tiempo de enmendar esos errores. ¡Dios, tantos errores y yo no sé ni dónde estoy!

“Mi vida fue agitada, discordante, hasta novelada. Es más, hay alguien que dice que algunos personajes tienen vida de novela. ¿Que así fue la mía? Tal vez, aunque no suelo sentirme privilegiado en ese sentido. No, es difícil vivir tantas aventuras y mantenerse ecuánime. Yo siempre fui apasionado, luché por lo que creía justo, desgraciadamente esta pasión e intensidad me trajeron muchos problemas. Ayudé muchísimo a la causa de la Independencia de México, en ese sentido fui inquebrantable, pero también esto me trajo muchos problemas con la iglesia en general y con mi orden en particular. ¿Qué era lo que esperaban? Yo no estaba de acuerdo con muchas cosas y lo dije recio y quedito. Mis sermones escandalizaban, sobre todo el de aquel 12 de diciembre de 1794, en que me pidieron que hablara sobre la Virgen de Guadalupe. Yo sólo dije lo que creía cierto, quería que la gente se diera cuenta de los errores en que vivía, que luchara por la verdad, su verdad. Me encarcelaron muchas veces en San Juan de Ulúa, en España, en diversos lugares, sin embargo, siempre logré huir. No fue fácil, pero Dios me ayudó, a veces estaba de mi parte. Por eso, yo sentía que tenía que hacer algo por mi país. Si Dios no me hubiese ayudado me habrían matado mucho antes... ¿O habrá sido el diablo? No lo sé, uno de los dos me ayudó y ahorita no importa quién haya sido.

“Pasaron los años y luego de mi muerte en el Palacio Nacional, el 3 de diciembre de 1827, me llevaron al convento de Santo Domingo donde reposé muchos años. Mi cuerpo se transformó hasta momificarse, éste fue un aspecto que no me gustó. Verme

* Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

allí, amarillo, con la piel acartonada y tiesa no me agradaba, me sentía accinado, sí, con “c”, como si me hubieran enterrado en un ataúd con sal. Cuando me vi no podía reconocerme. ¿De veras estaba yo allí? ¿En realidad era lo que quedaba de mí? ¡Qué triste final! Siempre me burlé de todos mis perseguidores, de todas las cadenas, de todos los que trataron inútilmente de callar mi voz de una u otra manera y ahora la muerte me hacía la peor de las burlas: encerrarme en un cuerpo tieso, duro, amarillento, desnudo y con una mueca que parecía un grito desgarrador.

“Sin embargo, lo peor llegó después: un circo, de los muchos que andaban por esos años en México, creo que era todavía siglo XIX, aquellos de “circo, maroma y teatro”. Uno de éstos, llegó hasta Santo Domingo, atraído por la morbosidad del descubrimiento de unas momias. ¡Claro, cómo evitarlo si ése es su negocio: el morbo!

“Vio todas, una por una, las tocó, mejor dicho, nos tocó sin ningún respeto, y luego de escoger algunas, le dio dinero al encargado de cuidarnos, quien se echó los billetes al bolsillo mirando para todos lados, seguramente temía que alguno de nosotros lo delatase, pero ¿cómo? Los huecos cóncavos de nuestros ojos estaban vacíos, completamente secos.

“Aquel circo abandonó la Ciudad de México luego de dar sus funciones habituales. La condición había sido marcharse sin exhibir en México las momias; que el atractivo fuese para el resto del mundo, no para este suelo. ¡Ah, los hombres son tan corruptos! Unos cuantos pesos bastan para comprar conciencias, principios, valores, hasta el orgullo y la integridad.

“Tuvieron que pasar muchos años antes de que alguien notara la falta de varias momias en Santo Domingo, totalmente arrumbadas, ¿quién iba a preocuparse por ellas? Sólo la casualidad y, precisamente, fue ella la que llamó la atención sobre los nuevos encargados. La confusión y algarabía que se hizo ante el faltante rebasó las paredes y las puertas de Santo Domingo, llenó las calles del Centro de la Ciudad y se regresó al responsable. ¿Dónde están las momias? No hubo respuesta satisfactoria, nadie sabía nada y nunca se esclarecería el hecho, pues vinieron muchas guerras intestinas que dejaron abatido a mi pobre país y lo último que importaba era el paradero de unas momias compradas por un circo...

“El convento de Santo Domingo ya no existe, la Santa Inquisición se fue desde hace muchísimos años y sólo dejó el triste recuerdo de su vetusto edificio colonial convertido en Escuela de

Medicina y ahora en museo. Sólo quedan dos momias para mostrarlas al mundo: ¿justicia o ignominia? Sólo Dios sabrá, lo único que puedo agregar es que una de ellas...”

En la sede de lo que fuera el Santo Oficio, la luz que emanaba de los quinqués se estremeció cuando el viejo fraile dominico no pudo aguantarse más las ganas de llorar. La carta que acababa de leer y que aún sostenía entre sus manos era la última que había escrito fray Servando Teresa de Mier unos cuantos días antes de morir, como si hubiese tenido una acertadísima premonición de su triste final. Desgraciadamente sólo era un pedazo, el resto se había deshecho cuando descubrieron su momia en el convento de Santo Domingo; lo que ahora quedaba era gracias, nuevamente, a la casualidad. Jamás podría saberse si una de las dos momias que estaban frente al dominico era la de Servando, no había pista certera que indicara si estaba en México o habría partido en aquel circo rumbo a Argentina.

Angustiado, el fraile miró a las momias como si pudiera leer en ellas la verdad... Quizás fuesen sus nervios, quizás fueron las lágrimas que empañaron sus ojos, tal vez fue señal divina o engaño diabólico, pero tuvo que levantarse de la vieja silla para enjugar la gota que brotaba despacio de la cuenca de uno de aquellos rostros macilentos.